



## El desafío de lo internacional

Hélan Jaworski

Director de Palestra / Presidente de la Comisión de Gobierno de la Facultad de Gestión y Alta Dirección de la PUCP

*Noviembre, 2007*

**Sumilla:** Frente a los retos que afronta el Perú en política internacional, sobre todo, en el caso de las Cumbres con la Unión Europea-América Latina y del APEC, surgen nuevas perspectivas respecto de estos encuentros. Conviene ir más allá de un análisis de los beneficios inmediatos para el país (en imagen, fomento del turismo, promoción del comercio) o de la necesidad de contar con una infraestructura adecuada. Debemos observar cómo estos encuentros benefician al ciudadano común invitando a la expansión de horizontes y al conocimiento más allá de su circunstancia particular. Además, cabe preguntarnos por la forma de articular lo anterior con objetivos claros del Gobierno y del sector privado para aprovechar mejor el potencial de la UE y del grupo de Asia Pacífico.

¡Ahora es cuando! La ausencia de objetivos y lineamientos de acción, claros y bien articulados en política internacional, podría llevar al país al riesgo de desperdiciar momentos y situaciones inmejorables. Nada se resuelve con culpar a la Cancillería, a otros ministerios o al sector privado nacional. No se trata solamente de perder o conseguir los mejores negocios. Se trata también de lograr una adecuada y digna inserción en el escenario global. Con la revolución informática, las nuevas tecnologías y la sucesión de cambios en la agenda internacional, se corren nuevos peligros si no se actúa oportunamente. Lamentablemente, en muchos casos se evidencian improvisación, una peligrosa falta de visión prospectiva del conjunto y la carencia de formas orgánicas para actuar de manera concertada en la búsqueda de logros compartidos.

Pero, si el Perú no va al mundo, el mundo viene al Perú. A partir de esta paráfrasis con sabor mahometano, se podría analizar la situación creada para el país que, casi con incredulidad, confronta albergar, en un lapso de ocho meses del 2008, dos reuniones internacionales de amplio alcance.

Una primera lectura puede resultar gratificante: el mundo entero, a través de los medios, va a fijar su atención en el Perú, en mayo, durante la Cumbre Unión Europea-América Latina y, nuevamente en noviembre, a lo largo de la Cumbre de la APEC. Podemos sentirnos halagados de haber sido escogidos, podemos felicitarnos del papel proactivo del Gobierno y de la Cancillería, en lo que directamente les concierne. Podemos complacernos por el rédito que generarán ambos encuentros para la industria hotelera y para la industria de servicios turísticos, por el negocio que harán cafés, bares y restaurantes, aparte de una larga constelación de otras actividades de servicios.

Una segunda lectura, menos etnocéntrica, podría señalar que en la compleja agenda de innumerables reuniones y cumbres internacionales, donde hay para todos los gustos, existe una especie de distribución equitativa entre países, donde, tarde o temprano, a todos les llega su momento; así, en la escogencia de sedes, no hay una distinción especial, sino que los turnos van sucediéndose y solo se repiten dentro de tantos años, bienios u otro múltiplo de años como miembros se cuenten y la frecuencia lo permita. Naturalmente, el país que será anfitrión debe cumplir ciertos requisitos: infraestructura mínima y aceptable, condiciones de seguridad razonables y no objeción o veto de parte.



La tercera lectura resulta menos optimista. La sede es lo de menos: los líderes internacionales se reúnen en cualquier parte, llegan con sus cuadros, equipos y asesores completos, en la mayoría de casos con los materiales de trabajo impresos, anillados y listos para distribuir, y buena parte de los miles de visitantes no tendrá tiempo de salir de los hoteles y las salas de conferencia, visitar otras regiones y se limitará a comparar el confort del alojamiento y la calidad de la alimentación con lo conocido en reuniones similares en Europa, Asia, Estados Unidos, Rusia o África. No se ha venido a trabajar sobre el país sede de la cumbre ni a conocerlo ni a hacerlo más partícipe ni más importante de lo que ya es. Así de sencillo.

Sin embargo, a pesar de lo anterior, estas reuniones tienen una importancia no despreciable en el país sede. Son “ventanas internacionales de oportunidad”. En materia de imagen, son útiles como espacios de intercambio y negociación, pero, sobre todo, para los ciudadanos locales, como estímulo al conocimiento, a la innovación y como introducción a una temática global, más rica y amplia que nuestros tradicionales y a menudo estériles debates políticos, teñidos de parroquialismo y de permanentes miradas al ombligo. Incluso, a nivel de política exterior, representan un reto para mirar más allá de las tensiones en el vecindario y para darle concreción al vacío discurso sobre la globalización.

Se supo que el país sería sede de estas reuniones desde hace más de tres años. Si nuestro rol no era contribuir sustantivamente en los contenidos, en los temas de fondo y en acuerdos y conclusiones, sí teníamos responsabilidad directa en garantizar el confort y un aceitado funcionamiento de toda la infraestructura requerida. Da la impresión de que, faltando siete meses para el primer evento, la Cumbre Europa – América Latina, considerando los miles de visitantes previstos, pueden darse serias situaciones no cubiertas, en materia de infraestructura básica, de alojamiento, transporte, comunicaciones, personal capacitado, espacio para eventos y la calidad y el buen gusto requerido en los servicios turísticos y de entretenimiento.

Aun así, más importante que lo anterior son las preguntas de fondo que conciernen a cuantos están comprometidos en la organización y gestión de estas convocatorias. ¿Qué es lo que el Gobierno (y aquí no valen excusas, no importa quién lo hizo, la institucionalidad es permanente y continua) tuvo y tiene como objetivos en mente? ¿Y cuáles son los del sector privado, cuya presencia es notoria en el diálogo tanto con Europa como con el Asia-Pacífico? ¿Y en qué medida todo eso es importante para el ciudadano de a pie?

El país necesita conocer, al menos en grandes líneas, cuáles son estas metas y qué podemos esperar al final de ambos eventos, más allá de las fotos de rigor de nuestros políticos y empresarios con las personalidades visitantes en nuestras sedes institucionales o visitando nuestros íconos culturales. No se trata de una misión comercial o científica, que luego permite cuantificar los intercambios acordados, ni es la oportunidad de firmar convenios de inversiones o de crédito. Pero cabe interesarse por el impacto que ambas reuniones puedan tener para el país, su imagen, su peso internacional, sus alianzas.

En la primera reunión, se trata de un diálogo de toda América Latina frente a Europa. ¿Qué quiere obtener la región de este encuentro? ¿Hay una posición armonizada o cada país va por su cuenta? La mayoría de países acude a este tipo de reuniones con una estrategia de largo alcance, con el propósito en cada foro internacional de añadir algo a su posición, de contribuir a fortalecer sus compromisos previos, regionales y subregionales, de apoyar o de confrontar las posturas de terceros países. ¿Con qué propuestas o posiciones



en temas políticos, económicos sociales y culturales va el Perú en relación a la CAN, al Mercosur, a UNISUR?

Hay mucho potencial en Europa que puede ser aprovechable por la región, pero si sabemos ahora algo sobre cómo avanza la construcción de hoteles, el equipamiento de locales y los programas de actividades, sabemos muy poco sobre lo que quiere negociar la región en materia de medio ambiente, de comercio interregional y reducción de subsidios agrícolas, de aportes y programas para incrementar la cohesión social y reducir la exclusión, de ciencia y tecnología, de migraciones y de remesas, de innovación, de seguridad, de nuevas formas de colaboración con las universidades en función de los cambios que se están viviendo en el Espacio Europeo de Educación Superior (EEES), es decir, de los principales temas que hoy se discuten en todo el mundo, con excepción al parecer de países como el nuestro. ¿Hace parte la posición peruana de una postura más amplia compartida con los países vecinos? ¿O es una postura singular, asentada en una afirmación de los valores e intereses nacionales? ¿O simplemente no existe y seremos únicamente comparsa en la Cumbre?

Lo mismo es válido para la cita de APEC, aunque aquí la presencia regional se reduce a tres participantes, México, Chile y Perú, y los temas son menos políticos y más estrictamente económicos. Aquí, además de las preguntas anteriores, la preocupación mayor puede ser si estaremos adecuadamente representados en las más de un centenar de reuniones preparatorias que se llevarán a cabo a lo largo del año que resta hasta noviembre próximo sobre una agenda muy rica, que se impone consultar.

En síntesis, confrontamos un auténtico desafío a nosotros mismos si queremos sentirnos presentes y ganar algo en el globalizado escenario que por breves horas se montará en dos ocasiones en el Perú. El desafío va al Gobierno, al sector empresarial, muy centralmente a las universidades y, de algún modo particular, a la nuestra, pero se extiende a otras instituciones, a la escuela, a los gobiernos regionales y a las municipalidades (a quienes toca también representar al país de forma muy concreta) y, sobre todo, a los medios de comunicación que no pueden frívolamente quedarse en cubrir lo adjetivo, sino aprovechar esta oportunidad para educar centralmente a la ciudadanía, proponiéndole temas como los enunciados antes en esta columna.